
 E N T R E V I S T A

Entrevista a Patxo Ruiz Cabalo

ELENA HERRÁN IZAGIRRE
Psicóloga y psicomotricista.

Patxo Ruiz Cabalo (Donostia, Gipuzkoa, 1957) es maestro y psicomotricista educativo con muchos años de experiencia en la sala de psicomotricidad. Estudió en la Escuela de Magisterio de Vitoria-Gasteiz, se especializó en educación física, más adelante se formó en la Escuela de Psicomotricidad de Bergara y tras desarrollar su labor profesional en varios centros educativos de Vitoria-Gasteiz, desde 1994 ejerce en el CEP Lateorro de Laudio, Araba.

¿Cómo llegaste a la práctica psicomotriz o a la psicomotricidad?

Yo estudié magisterio porque era la única carrera que teníamos en Vitoria-Gasteiz que mis padres se podían permitir pagarme. Durante el bachiller ya había dado algunas clases particulares y había sido monitor. En cuanto inicié magisterio me di cuenta de que la escuela era un sitio más que importante para cada persona y para la sociedad. Recordaba mi propia escolaridad y lo que vivimos con aquellos maestros, los castigos, incluso corporales, y pensaba que la escuela tenía que ser todo lo contrario, un lugar de alegría y placer. La primera maravilla que me encontré fue un libro sobre Summerhill. Me puse a leerlo pensando: “¡Me lo leo y mañana a aplicarlo!” y qué va. Me quedé incluso hasta un poco contrariado. Yo tenía en el ánimo una escuela diferente pero no encontraba dónde asirme, un grupo de referencia. También leí a Freire, a Montessori, había cosas interesantes por ahí. Fue al entrar en el aula cuando me di cuenta de que había muy poco de verdad sin una buena relación entre los chavales y el maestro. Desde un principio me pareció que el caldo idóneo era crear ese vínculo que hace que el grupo y cada miembro del grupo funcionen mejor. Desde esa idea empecé espontáneamente, experimentalmente, por mi cuenta con cuatro lecturas, a hacer algo diferente. En la primera escuela que estuve, Sancho el Sabio en Vitoria-Gasteiz, una escuela recién hecha que estaba a medio ocupar y que tenía muchos espacios libres, yo bajaba a un aula vacía, y como tengo algo de formación musical empecé a mezclar ritmos y juegos y a

E N T R E E V I S T A

ver la respuesta de los niños. Observé que cuando para algunos era imposible discernir en una ficha entre dos y siete, cuando nos juntábamos allí, divirtiéndonos y jugando en parejas o grupos, lo sabían hacer. Más adelante me especialicé en educación física, pero la educación física para la que nos prepararon era exclusivamente para los cursos superiores de lo que entonces era la EGB. Yo seguía viendo la necesidad de que para los más pequeños era fundamental hacer el tipo de trabajo que había iniciado y así fui a formarme a la Escuela de Bergara y me hice psicomotricista. Puedo decir que soy maestro y psicomotricista.

Entonces, ¿cuántos años llevas conectado profesionalmente a la psicomotricidad?

Estuve durante dos cursos atendiendo a un grupo cada vez más numeroso de niños que abandonaban tempranamente el sistema escolar en una plataforma vecinal que intentaba abrir los ojos de la administración ante el fracaso escolar. Luego en el Departamento de Educación del Gobierno Vasco llevo unos 32 años de los que los últimos 25 me dedico a la Práctica Psicomotriz.

¿Y en tu opinión la práctica psicomotriz educativa es exclusivamente educativa?

Bueno, como todos los que nos hemos formado en psicomotricidad, sabemos que hay un límite entre la psicomotricidad educativa y la terapéutica, pero me parece que al ser psicomotricista te acercas al mundo del arte, de la ciencia, de la filosofía y demás disciplinas de la actividad humana, que luego pueden plasmarse en el en-

foque y en el desarrollo de las diferentes sesiones de psicomotricidad. También creo que las fronteras son espacios transitables que nos enriquecen como personas y suavizan los rasgos de los espacios que limitan, porque se interviene desde ambos espacios. Las fronteras conceptuales hacen surgir experiencias híbridas que fusionan aspectos compartidos. Por ello creo que la propia práctica psicomotriz educativa, con un mínimo de calidad y honestidad en el trabajo ya es terapéutica, o mejor dicho, preventiva, pues ayuda a los niños más allá de lo que sería propiamente educativo, da indicios para recurrir a otro tipo de especialistas, abrir los ojos a la familia o encaminarles hacia alguna solución, y sobre todo con los compañeros docentes: con ellos sí que son válidas mis intervenciones.

¿Cuál es tu rol en tu centro escolar?

Desde que estoy en este centro se considera que yo soy el especialista en psicomotricidad. Vengo de la educación física y, de hecho, elegí educación física porque fue la única asignatura que me suspendieron en Magisterio. En primero me la suspendió un comandante del ejército que nos daba educación física. Nos dijo que había que asistir a clase tres veces durante el curso, yo acudí cuatro, pero como un día de los que fui o dos él no estaba o no se dio por aludido, pues me suspendió. Al finalizar la carrera tuve que entrevistarme con él para negociar mi aprobado, en un espacio castrense, al que a los pocos días fui llamado por la dichosa mili. También porque en el mundo de la educación física yo he sido de los que he sufrido un poco al ser, como antes se

E N T R E E V I S T A

decía, un “chico fuerte”. Mi propia angustia me suscitó especializarme en educación física.

Como psicomotricista has trabajado en...

Empecé en Vitoria-Gasteiz, luego pasé por varias escuelas y en 1994 llegué al CEP Lateorro de Laudio (Araba), donde sigo. En el curso 1988-89 empecé a formarme en la Escuela de Bergara. Antes ya había hecho la especialidad de educación física, y empezado a montar las clases en base a una pedagogía de proyectos, de elaboración de historias, de salir de la escuela, de enlazar la actividad física con otras actividades, con lo que seguí confirmando que en la escuela se podía estar con alegría y disfrutar. El aprendizaje y el placer podían ir juntos.

¿Y ya cuando llegas a la escuela de Lateorro es cuando te plantas?

Si podían ir juntos, ¿por qué no materializarlo o planificarlo al menos? Yo no venía con esa idea en un principio, pero el día a día te va indicando. En aquel momento la dirección de la escuela me dijo que para completar mi horario tenía que dar alguna otra materia en el ciclo superior. En aquel entonces no llegábamos a 190 alumnos; ahora tenemos 570. Yo le propuse al director dar educación física a toda la escuela, incluido infantil. Hablamos con las *andereños* (maestras en euskera) y así empecé. Era el primer profesor que entraba en su espacio y creo que me vieron y me ven como un colaborador y que mis valoraciones e intervenciones les sirven y les ayudan a reflexionar sobre su trabajo diario.

¿A partir de ese momento empiezas a desarrollar el proyecto de la psicomotricidad en el ciclo?

A partir de ese momento empiezan a suceder una serie de acontecimientos que yo ni siquiera sospechaba. No llevaba ni dos años y me tengo que trasladar de aula por necesidades del centro. El material era escasísimo, pero como ya se había hecho una pequeña inversión, aquello tenía que tener continuidad y aprovechando una convocatoria de la Delegación de Educación de proyectos de renovación pedagógica, sin tener claro si lo que hacíamos era un proyecto de renovación, nos presentamos y elaboramos un borrador en el que más o menos recogimos la introducción de la práctica psicomotriz educativa en el currículo de educación infantil, que sigue siendo hoy en día también unos de mis objetivos, un caballo de batalla que lidiamos curso a curso con la administración educativa.

En ese momento ocurrió que dos colegios próximos físicamente pero distantes en su acción docente, con dinámicas a veces opuestas, entramos en un proceso de fusión. Éramos dos centros con prácticas divergentes y fue complicado. Era el momento de introducir el modelo D (enseñanza íntegra en euskera) en la escuela pública de Laudio, por ello apostamos y a la vista de la matrícula actual creo que salió bien. Yo entré de director y tuve que afrontar todos los problemas que fueron muchos y diversos, además de impartir 18 horas semanales de docencia directa e implementar la psicomotricidad en el centro. Pienso que los cambios estructurales

E N T R E E V I S T A

exigen mucha dedicación para lo que la generosidad de sus agentes es primordial.

¿Cuándo empiezas con los niños de infantil? ¿Desde qué edad escolarizáis en el centro Lateorro?

En un principio desde los tres pero al siguiente curso desde los dos. Antes de entrar yo en la dirección tuvimos la opción de iniciar la escolarización desde los dos años y el centro dijo que sí. La administración no contemplaba presupuesto para ponerla en marcha y tuvimos que hacerlo con fondos de la propia escuela. Adecuamos un aula que ya desde el primer año nos desbordó. Tuvimos que poner una mampara para partirla en dos porque diseñamos un espacio para un aula de dos años y la matrícula fue para dos. Hoy tenemos tres.

Tú progresivamente has ido yéndote de los ciclos superiores para ubicarte en Infantil.

Efectivamente. Ya me decía mi madre: “tú en vez de medrar en tu trabajo, parece que vas a menos”. Paulatinamente he ido dejando los cursos superiores. Ya cuando estaba en dirección enviaron a un profesor de apoyo que se dedicó a trabajar la educación física en primaria y yo me quedé con infantil, además de la dirección. Con el aumento progresivo de matrícula y la escasez de medios, sobre todo humanos, opté por dejar la dirección y dedicarme enteramente a infantil. Cuando empecé había 90 niños en infantil y hoy son más de 230. En concreto hay doce grupos; los de dos años son dos de dieciocho y uno de diecinueve; los grupos de tres, cuatro y cinco

años están entre veinte y veintitrés alumnos; y con alumnos de integración en casi todos los grupos y con una casuística diversa: insuficiencia visual, autismo, hiperactividad, trastornos del lenguaje, retraso generalizado, etc.

¿Las tutoras entran en la sala con los niños cuando les toca hacer psicomotricidad?

Las tutoras en dos y tres años les acompañan en las idas y venidas, que por la ubicación del aula de psicomotricidad suele ser toda una aventura, sobre todo durante el primer trimestre. A los de cuatro y cinco voy yo a buscarlos al aula. La opción de entrar en las sesiones nunca ha estado cerrada, lo que pasa es que la tendencia en la escuela ha sido que las andereños libren cuando hay un especialista; lo mismo pasa en música o en inglés, por ejemplo. En dos años sí que durante las primeras sesiones, en la etapa de adaptación, se quedan en la propia sala y, a medida que nos vamos acoplando, pasan a estar disponibles en una salita adyacente, desde donde me ayudan en caso de necesidad, mientras desarrollan tareas propias de la función tutorial que les corresponde. También procuro que la etapa de adaptación sea lo más sencilla y rápida posible. Creo que los que la alargamos y la hacemos todavía más tortuosa somos nosotros y nuestra propia ineficacia. Si la adornamos mucho, si vienen los padres, los abuelos, la andereño permanece mucho tiempo con el niño en la sala, al niño le tenemos más rato acongojado en una situación transitoria. Por eso conviene que no lo alarguemos. Lo traumático si breve, menos traumático y, además, tampoco es tan

E N T R E E V I S T A

traumático. Para el niño vivir la ruptura es muy fuerte pero, si aligeramos el tiempo, tal vez estemos evitando otros trastornos posteriores.

Me imagino que lo dices en base a tu propia experiencia profesional.

Sí. Hay casos en los que ves que tras tres o cuatro sesiones el niño o niña todavía vive con angustia, pero indagas un poco y ves que vive con angustia venir a la escuela, salir de casa, si llueve o no llueve; hay todo un aparato familiar que sustenta este tipo de reacciones vitales, y no sólo la familia, también nosotros a veces alarga-



mos esas angustias. Para hacer las cosas bien hay que reflexionar sobre lo que haces, esto lo he aprendido yo de la práctica psicomotriz. No basta con querer o con tener actitudes; lo que tienes que hacer es reflexionar sobre lo que haces y verte y darte cuenta de qué le estás exigiendo al niño y si le estás poniendo en un brete. Puedo ser yo el que estoy haciendo que la situación para él sea angustiosa. Si yo quito toda esta angustia que le estoy poniendo, ¿qué queda de la angustia que tiene el niño? ¡Ah! Por lo tanto no era tanto problema del niño. Esto pasa.

Respecto a las tutoras, dices que no entran en la sala pero, claro, eso luego para ti supone que te tienes que coordinar con ellas.

Hacemos una coordinación permanente durante todos los días, que no es la idónea ni la ideal pero es funcional, porque lo que ocurre es que no tenemos más que una hora mensual para juntarnos. ¿Quién está en disposición de ir una hora antes al centro o una hora después? Hay personas que sí, por supuesto, pero no puedes hacerlo con una andereño sí y con otra no. En todo caso no funciona tan mal tal y como lo hacemos.

Dices cosas que me hacen mucha gracia. Creo que muchos psicomotricistas hemos hecho una especie de pacto con nuestra propia infancia.

Cuando uno está acostumbrado a tratar con niños, a hablar a corazón abierto como hacen ellos, sin ningún tipo de prejuicios, luego te cuesta mucho contenerte y a veces pareces un impertinente en las conversaciones con adultos.

E N T R E E V I S T A

Personalmente creo que la infancia es nuestra auténtica patria, la de cada cual, lo que supondría que muchos de los alumnos y alumnas que han pasado por el aula de psicomotricidad de Lateorro tengan en una elevada y profunda consideración este espacio común y de lúdica convivencia.

¿Qué es lo mejor y qué lo peor de ser un psicomotricista en un centro tan grande como el tuyo?

No le veo nada malo. Me agrada que una vez pasados los años yo me encuentro con gente de Laudio que sin haberlos conocido antes dicen: “¡jeste es Patxo!”. Veo que he sido importante para gente que yo no lo hubiera nunca ni pensado, estoy hablando de tíos, de abuelos, de familiares y vecinos de niños de mi escuela, a los que no he tenido la oportunidad de conocer personalmente. Pero lo mejor, sobre todo, desde el primer día hasta hoy ha sido y sigue siendo la respuesta de los propios niños.

Ahora vamos a profundizar un poco en los niños. En general, ¿cómo viven los niños la psicomotricidad? Yo me imagino que los de dos añitos, que al principio no controlan, empezarán con un poco de incertidumbre, pero una vez que ya han entrado, y que ya han hecho su primera, su segunda sesión, ¿qué pasa con esos niños?

Si me pusiera en el cuerpo de los niños que vienen, de los de dos años, a las sesiones de Lateorro, supongo que lo que les ocurre es un gran choque. Soy uno de los adultos, fuera del

ámbito familiar, que ellos van a conocer, con el que van a tener una relación directa, lúdica y a veces transgresora. Lo principal es la respuesta del niño y los niños responden, hay algunos que van a necesitar una atención especial, pero los niños disfrutan en esta actividad que les ofrece el placer de vivir la totalidad de su cuerpo, integrando emociones y tono corporal con itinerarios simbólicos y de libre creatividad. Yo recojo diariamente multitud de muestras de afecto y cercanía. Me parece mentira que los docentes de hoy en día no apuesten decididamente por este tipo de dinámicas; estarían mejor de salud y más satisfechos profesionalmente.

¿Hay muchas diferencias individuales, o por edad, o por sexo o por caracteres en la sala? En general, ahora tenemos todos una tendencia a la homogenización y pensamos que tenemos que aplicar unas fichas, unas unidades didácticas, unos programas y sucede que en un ámbito como el de la práctica psicomotriz que la inventa cada cual, la decide cada cual y la elige y desarrolla cada cual, tienes que encontrarte con tantas cosas.

Yo poco a poco me he ido atreviendo a hacer otro tipo de cosas. ¡Cómo no vamos a aprovechar los espacios de expresión para tener una mejor relación con la música, o para hacer actividades de plástica, dar la opción de la creatividad, respetándole a cada uno su proceso de maduración! Por supuesto que hay niños que lo aprovechan más y otros menos pero de lo que se trata es de que a lo largo del curso vaya ha-

E N T R E E V I S T A

biendo una evolución en ellos. Y la evolución existe, y también las sorpresas. Hay casos que se me han quedado marcados. Este año un niño del aula de cuatro años, sin problemas aparentes en su historial clínico y escolar pero con un nivel de relación muy bajo, no hablaba ni palabra, estaba completamente inhibido. En una sesión, no hará mes y medio, tengo apuntado ¡eureka! porque levantó la mano y habló normal como los demás. No sabía si felicitarle, comerle a besos, tampoco quería reaccionar así, lo apunté y con eso me vale. La andereño y yo hemos estado cuatro años esperando ese momento. Al final el haber respetado su ritmo de evolución y maduración, acompañarle a superar el “otsoa” (lobo), el monstruo que no había podido elaborar a su tiempo, el acompañarle en este largo tránsito, a veces angustioso viaje, el compartir con la familia el estado de la cuestión, ha hecho que el fruto madure. En esperar está el éxito, esperar haciendo, estar con ellos, acompañarles, así entiendes qué es acompañar. ¿Al



final de qué se trata? De dar tiempo y espacio; ya llegará el resultado. La cuestión es que en ausencia de una respuesta positiva del niño, el maestro vive con angustia el proceso que traslada al niño presionándole y estresándole. Y ¿por qué hay que obtener los resultados a una edad concreta? ¿Ha demostrado alguien que se es mejor persona por aprender a leer antes? Hay hoy en día una gran ansiedad por los aprendizajes prematuros que derivan frecuentemente en alumnos estigmatizados.

Hablemos de hablar. Hablemos del lenguaje.

El lenguaje es la esencia en la escuela; entonces, ¿qué intentamos? Lo que no sale de manera natural se provoca con los medios que sea, y el lenguaje necesita un sustrato maduro del niño. Yo observo en niños que a los dos años tienen un gran nivel de lenguaje que lo que hacen realmente es poner ahí un escudo, utilizan una herramienta que ya tienen y que no tienen otros compañeros y la ponen a su servicio y van creando relaciones de poder. ¿De qué vale eso? Lo que tenemos es un niño que va a necesitar cierto tipo de ayuda o de atención porque si no va a ser un poco déspota.

¿Tú crees que en psicomotricidad se interviene mucho o poco?

No hay psicomotricidades, hay psicomotricistas. Yo sí que veo en algunos psicomotricistas demasiada intervención y a medida que el psicomotricista se forma más, interviene más adecuadamente. Digamos que es un poco con la

E N T R E E V I S T A

experiencia profesional como uno se va situando. Por eso yo siempre digo que no hay ningún problema en meter la pata. Lo que hay que ver es dónde se mete. Yo he metido muchas veces la pata y la sigo metiendo. Y la tranquilidad que puedo transmitir es también un poco trabajada, yo también tengo mi movida interior con ciertos niños e incluso a veces tengo que comerme un poco las tripas porque sé que no debo hacer otra cosa.

¿Qué emociones crees que se mueven en psicomotricidad en los niños y en los psicomotricistas?

Como grupo, las niñas y los niños sí que son diferentes. Que lo sean es una obviedad, una obviedad que tenemos que clarificar. Porque cuando decimos que son iguales ¿qué queremos decir? Lo que tiene que ser igual es la idea de tratamiento, de relación. Pero tengo que saber que son diferentes para poder valorarlos como personas. Las niñas, tanto en grupo como individualmente, son más maduras, más precavidas, empiezan antes con el juego pre-simbólico, y el simbólico, por supuesto. En los juegos simbólicos siempre están niñas llevando el guión o siendo partícipes muy activas. Me gusta marcar mis sesiones con música para que los chavales perciban que se acaba y toca otra cosa. También utilizo juegos de expresión en el último momento, antes del ritual de salida, y que se junten quienes normalmente no lo hacen. Cuando no sale bien no lo vuelvo a repetir, lo dejo un tiempo y vuelvo a probar porque las amistades y las relaciones son dinámicas.

Siguiendo el hilo de las emociones: la frustración, el miedo, la omnipotencia...

Los niños viven todas las angustias arcaicas y además te las muestran tal cual. Cuando un niño está bajo una pulsión de dominio te lo está mostrando a ti, casi te está llamando para que vayas allá. Hay que aprender a mirar y a leer todo eso; es muy importante. Y por supuesto, que las emociones que se dan en el aula son sinceras y profundas y están mediatizadas por lo que es cada persona.

¿Y todo esto en qué medida te ha transformado a ti?

Yo soy una persona de reacción rápida, cuya reflexión va implícita casi en la acción y eso me ha ayudado mucho para darle la vuelta a las cosas y esperar. El esperar me ha aportado mucho. La propia labor de psicomotricista me ha ido ayudando a controlar mi impaciencia en otros órdenes de mi vida.

¿Para ti cuál es el tiempo más psicomotor?

Las aulas donde más disfruto ahora son las de dos años. Son como los pollitos recién salidos del huevo; estás tú ahí y simplemente con darles calor ya les estás dando algo. Son muy atractivos los niños y las niñas de esa edad porque se les empieza a ver ya para dónde van a ir, cómo eligen, etc. Por eso es fundamental que esta intervención se haga, porque es un trabajo preventivo. También he hecho actividades con los de 5 años fusionando cómics, ópera, danza, plástica, que han sido muy enriquecedoras, pero bajo mi experiencia, yo creo que el espacio

E N T R E E V I S T A

por excelencia es el sensorio-motor porque lleva todo implícito y porque tiene la esencia de nuestro trabajo, que es el movimiento. Ya sé que hay movimiento mental en el espacio de expresión, y en el simbólico pero claro, además yo vengo del mundo de la Educación Física.

Sin que se mueva el cuerpo lo demás no se mueve...

Quizás sí, la quietud, los silencios tienen mucho más significado cuando surgen desde la inquietud o el ruido, si no, no nos daríamos cuenta. Mis propuestas de intervención se centran mayoritariamente en el espacio sensorio-motor.

¿Cuando vienen los alumnos de prácticas, te parecen poco flexibles o simplemente en formación y ya aprenderán que ese aparente *totum revolutum* es inherente a la psicomotricidad?

Espero transmitirles esto segundo que has mencionado, que esto es un *totum revolutum* y que llegarán por su propia experiencia a dominarlo. Lo primero que les digo es que tienen la oportunidad de ir a otro lado y encontrar otra forma de hacer las cosas pero que si han venido donde mí es para sumergirnos en el autoanálisis y la reflexión. Sí que creo que las escuelas de Magisterio no promocionan mucho un aspecto fundamental en la formación de los futuros docentes, la toma de contacto con la realidad, la conexión directa con las escuelas que de una u otra forma intentamos compaginar las finalidades sociales de la institución con el desarrollo integral de nuestros alumnos y alumnas. Tampoco ocurría cuando yo

estuve hace treinta y tantos años. A quienes vienen les expongo mi forma de trabajo y el marco en el que se desarrolla, aspecto muy importante a la hora de proponer una experiencia innovadora. Hay que ser humildes y aprender de todos los sitios donde se va y de las personas con las que se comparte un espacio laboral y profesional.

Entiendo que lo que tú aportas es una perspectiva, digamos, *paidocéntrica* de la intervención.

Eso pretendo. No sé si lo logro pero sí pretendo que el niño sea el centro de la actividad por la cual vamos todos a trabajar a la escuela. Que sea el centro, no la disculpa para nuestros fines particulares, tan legítimos en ciertas ocasiones.

Igual me equivoco pero sabemos muy poco de lo que es el niño en realidad. Mi concepción del niño es que es un ser que hace, que sabe, que puede, que elige, al que yo acompaño y enseñar, enseñe muy poco, en realidad.

Así es, el niño tiene que ser el centro de la actividad escolar y en especial el protagonista de su propia historia, marcada por la experiencia vital que cada uno va elaborando en el marco de relaciones de su desarrollo madurativo, desde las más tenues transformaciones tónico-emocionales hasta la expresión simbólica y la abstracción. La función del adulto sería facilitar estos momentos de transformación.

Muchas gracias Patxo, por compartir tus ideas con nosotros.